

HUMILDEMENTE, "AD MAJOREM MEI GLORIAM"

Marta Traba

Los premios menores: el lector secreto, el amigo que manda una carta

Decidí hacer este auto-reportaje con opiniones ajenas cuando hoy mismo, la persona cuyo criterio me importa más que nada en el mundo, me escribió *Conversación al sur*¹; ¿qué decir, sino que es lo más emocionante que he leído en lo que va del año? Escalofriante y riguroso, humano y lúcido, con un aliento arrasador de injustas verdades. . . Todo lo que molestaba la excesiva autobiografía y el recorte formal de la *Homérica*², acá me parece formidable la fuerza de requisitoria que toma la experiencia cruel, y perfectamente adaptado al ciclo temático con variaciones; en efecto hay algo de una construcción musical (más que una sonata, un trío trágico, Brahms). . . Me parece que lograste uno de esos raros libros en los que todo comentario, aunque haya en verdad que hacerlo, parece en verdad superfluo."

Otra persona muy valiosa para mí, escritora (no doy nombres porque jamás usaré cartas particulares para publicitar juicios), me escribió en carta recibida hace un par de días: "Gocé mucho tu libro (se refiere a *Homérica Latina*), te sentí cercana, te sentí compañera de camino (y ojalá quieras serlo de mí), te sentí tan dolorida por esta tierra donde vivimos. Tuve tanto que compartir. Y aparte la sensación que tenía entre las manos un libro realmente americano, donde la patria es América, *Homérica Latina*, un libro que puede esperar muchas lecturas, que va a desafiar el tiempo que se traga tanto libro malo."

Junto con estas cartas me llegó un sobre con recortes de Bogotá, con entrevistas y notas que me dejan vagamente perpleja, como si hablaran de alguien que no soy yo, y miro desde una distancia mortificada por los elogios. Dijo Ana María Cano, en *El Mundo* de Medellín (14 abril): "Años sin saber de ella, los colombianos todavía nos repetimos 'MT ya no está aquí'. MT fue para Colombia, en la década del sesenta, una de las primeras imágenes de mujer fuerte, con convicciones, que podía

arrastrar con su criterio a muchos." Y yo, o ese alguien que se parece a mí, contesté: "Voy a dejar la crítica de arte por la literatura. No es un cambio tan grande, porque un crítico es, antes que nada, un escritor pero me parece que mi trabajo en artes plásticas está terminado. La conciencia de un arte continental, y la proyección de los artistas en una pantalla mayor que la de sus propios países, es un hecho. Hay que dejar lugar a los críticos nuevos".

Leo a Umberto Valverde (uno de los "novísimos" del post-boom diseñado por Angel Rama), que escribe en *El Pueblo*, de Cali (19 de abril): "Desde que escribió *Las ceremonias del verano* con el cual ganó el Premio de Casa de la Américas en 1966, MT quería dedicarse a escribir, pero las obligaciones que le impuso la crítica de arte le impidieron llevar a cabo ese deseo. Su mayor necesidad parece ser la de expresarse políticamente. Dice así: (otra vez interviene mi yo extraño) 'Tú sabes, porque eres un escritor, que sólo en el texto de ficción es posible decir todo lo que se quiere, porque la crítica es un inter-texto. Las situaciones que vivimos son inaceptables y no es bueno quedarse callado. Trato de afinar la puntería y de hacer literatura política que quede lo más lejos posible del panfleto. Quiero asumir en carne viva la situación, como hacen algunos artistas en la Bienal, pienso en el chileno Balmes, en el colombiano Gustavo Zalamea.' (Estamos caminando por la IV Bienal Americana de Artes Gráficas de Cali.)

Leo que Carlos Uribe escribió, también en un diario de Medellín: "MT vive!" . . . (menos mal). . . "Ese ambiente que dio pie a tantas cosas, que fue poniendo temas aparentemente difíciles, especializados y poco atractivos en las páginas de los periódicos, que cambió la conversación habitual de los colombianos, que aportó visiblemente la difusión de nuevos valores en la plástica nacional y en la que se hacía entonces en América Latina, fue conse-

cuencia saludable de la tarea de MT. Hasta que empezó a opinar sobre otras cosas diferentes a las artes plásticas y se molestaron ciertos políticos. Porque también daba en el clavo y su lenguaje no admitía mediocridades." . . . (*El Mundo*, 19 abril).

Casi todos hablan de mí en el pasado. "MT es para Colombia la amiga entrañable que hace tiempo vive lejos, pero que suele recordarse a menudo por lo que significó para la cultura colombiana, por lo que hizo para la toma de conciencia sobre determinadas actividades, por su firmeza política y por haber creado una opinión original que muchos no compartieron y que, por ella, tuvo que salir del país. . ." En *pocas líneas*, recorte sin fecha).

Quedo abrumada por el cariño de estas notas provenientes de tres días de paso sigiloso por Colombia. Me acuerdo que no salí sola de ese querido país, sino que me acompañaron todos aquellos que intercedieron por mí cuando se produjo la expulsión, en 1967; los escritores y artistas mexicanos, encabezados por Carlos Fuentes y José Luis Cuevas, que querían apedrear la Embajada de Colombia. Los venezolanos; los uruguayos, beligerantes, desde *Marcha*; los peruanos, los argentinos. Soy una persona agradecida, nunca olvido por eso he escrito *Conversación al sur*, bajo la insoportable presión del dolor de las víctimas. Sé cómo le he escrito y vuelto a escribir, haciendo realmente ese viaje para llegar a las madres de Plaza de Mayo. Preguntándome cómo, porqué, qué pasó en nuestro mundo, cómo se desbarató mi mundo burgués, mis ilusiones burguesas; qué pasó con nuestros hijos, qué hicimos, Dios, ¿qué les hicimos?, en qué sitio de pavor y muerte nos hemos colocado. Pero si todo esto me llevó a escribir el libro, a llevarlo hacia atrás y adelante como una terrible y precisa construcción especular en que cada cosa se refleja en cada cosa y queda encerrado, finalmente, en un cuarto de

espejos, lo he escrito también para la gente que me ayudó y confió en mí. La literatura tiene premios mayores que, curiosamente, no me interesan; las recompensas, la presencia en antologías, las ventas, las reediciones, las traducciones, la notoriedad. Y premios menores, por los que siento una codicia invencible: el lector secreto, el amigo que manda una carta con el libro todavía entre las manos; alguien que no pudo dormir esa noche o que lloró, verdaderamente conmovido; y te lo dice sinceramente, sólo para que tú y él lo sepan; esos encuentros fraternales son la mejor mitad de mi vida; los renovaré ahora en México, cuando llegue a principios de junio para el Congreso de Escritoras.

Otra persona que quiero especialmente, descubrió, después de leer *Conversación al sur*, que "Las mujeres son las criaturas apocalípticas de nuestra época." No me doy bien cuenta si esto es así; a lo mejor se han transformado de pasivas, tiernas y frágiles, en duras y apocalípticas, precisamente porque les tocaron muchas Plazas de mayo o noches de Tlatelolco. Algo nos ha cambiado de blanco a negro, nos ha dado vuelta como un guante. Algo que no sabemos muy bien qué fue. Tampoco, creo, lo saben las mujeres desesperadas que conversan en mi libro.

Cuando la *Conversación*. . . estaba terminada y entregada, me enteré de la desaparición de Alaide Foppa en Guatemala. No he podido dejar de pensar en ella, de retomar nuestras largas charlas en México y El Salvador, de esperar, de increpar (¿a quién?), de rogar por ella. Reescribí mentalmente el libro para explicárselo mejor. Que ella no haya aparecido exige que sigamos nombrándola, como último argumento y defensa contra una barbarie a la que jamás debemos acostumbrarnos.

¹ *Conversación al sur*, Siglo XXI, México, 1981

² *Homérica Latina*, Carlos Valencia Editores, Colombia, 1980.

Una libro de Marta Traba

CONVERSACION AL SUR*

Martha Vianna

Un buen ejemplo de cómo se puede hacer literatura política

"Porque nadie estaba dispuesto a creerme, o, peor todavía, en caso de que me creyeran, nadie estaba dispuesto a compartir esa furia y ese dolor". . .

Pero aún así, aún conociendo la dificultad de compartir la furia y el dolor de un habitante del Cono Sur en estos tristes tiempos que vivimos, Marta Traba se atreve: la necesidad de contar es más grande que el temor de no ser oído. Y así nos llega *Conversación al sur*: como un grito, un desahogo, una catarsis. Y, además, tiene una peculiaridad muy particular: es un libro escrito por una mujer, cuyos personajes principales son mujeres. Casi se podría decir que es una visión femenina de la historia reciente de tres países: Argentina, Uruguay, Chile. Y aunque la historia obviamente no tenga sexo, es muy interesante ver cómo una mujer la vive y la sufre.

La historia de esa *Conversación* nace a partir del encuentro de dos mujeres, de dos generaciones distintas. Una es guerrillera, uruguaya y joven. Otra es una actriz de teatro, argentina y consagrada. Dos mujeres completamente distintas, que en otra situación histórica del continente posiblemente no se hubieran encontrado jamás. Pero, a partir de un determinado momento, se ven unidas por el mismo huracán de tragedia.

Mucho se ha escrito y debatido sobre literatura y política. Bueno, el libro de Marta Traba es un buen ejemplo de cómo se puede hacer buena literatura política, sin caer en el panfletarismo fácil e inmediateista.

La autora utiliza un lenguaje sencillo, directo, contenido. El tema de esa intensa *Conversación al sur* —torturas, las "locas" de la Plaza de Mayo, la prisión, la muerte— es por demás peligroso. Por un lado, cargado de emoción y tragedia, lleva el riesgo de las facilidades que terminan en el vacío. Por otro, esa misma emoción y esa misma tragedia llevan el riesgo del lacrimismo puro. Marta Traba logra con rara maestría sensibilizar al lector sin dejarse llevar por ningún apelo fácil. Se trata de una mezcla muy cuidadosa de los métodos de la dramaturgia de Brecht con la de Stanislaws-

ki. A propósito, otra de las características de este libro es parecerse demasiado a una obra escrita para el teatro. Esa *Conversación al sur* pide, casi, una puesta en escena.

Irene, la actriz, y Dolores, la militante, son dos personajes tremendamente ricos, y la mayor parte de la acción se desarrolla en un solo ambiente, el departamento de la actriz. Todo lo demás, que es mucho, son *flash-backs* a partir de los pensamientos, diálogos e inquietudes de las dos mujeres. Y en un espacio de tiempo muy corto, a partir de estos *flash-backs*, la historia reciente de Argentina, Uruguay y Chile va pasando frente a los ojos del lector. Son hechos ya conocidos, pero que el lector recibe como si fuera por primera vez.

A partir de la experiencia de Irene, por ejemplo, la historia de las "locas" de la Plaza de Mayo, que uno ya casi se acostumbró a leer todos los días en los periódicos, llega como un puñetazo. Y eso porque en lugar de las "locas", una cosa genérica, caras desconocidas, Marta Traba trae una hasta el lector. Y esta una lo abraza con su tragedia, lo contagia.

Ya que esta situación se repite con varios otros aspectos de la historia de nuestros días,

será éste seguramente —además del valor estrictamente literario— uno de los grandes valores políticos del libro de Marta Traba: dar nombre, cara, y no panfletos vacíos, a los personajes anónimos del drama que se vive en nuestro continente. Los desaparecidos de Argentina dejan de ser miles —15 mil— para ganar cuerpo y fuerza. El tema de los desaparecidos, de por sí impactante, fue siendo asimilado por la conciencia colectiva de las capas sociales medianamente informadas: está en los periódicos de todas las mañanas. Pero a partir de la historia de la desaparecida de *Conversación al sur*, Victoria, el tema renace una vez más, con fuerza inesperada. Y, con la historia de esa desaparecida, renace la de todos los otros.

Aunque sea un libro claramente político, *Conversación al sur* no es un libro que ofrezca

o proponga soluciones ideológicas. Más bien se trata de una historia para hacer pensar, una historia que invita a la reflexión: ¿habrá valido la pena tanta muerte, tanto sufrimiento, tanto dolor? ¿Qué pasará con la generación que vivió, como protagonista, esos acontecimientos? Pero, más aún, vale repetir la pregunta que se hace Dolores, la militante: "¿Qué pasa con los que no intervienen, con los espectadores, que, además, son la inmensa mayoría?"

Hubo un momento fúggz, aunque concreto, en algunos países de Sudamérica, en que todo era fiesta —por lo menos desde el punto de vista de lo que se suele genéricamente llamar de "izquierda".

"Santiago era una fiesta —se acuerda Dolores—. Nos encontramos ahí todos, venidos de los sitios más diversos, y aunque nosotros cargábamos ya una lista enorme de muertos, presos y desaparecidos, nada pudo disminuir el optimismo de ese encuentro. Acostumbrados a la clandestinidad, nos parecía mentira andar por la calle en grupos gritando y cantando. Torturas, muerte, todo se borró. Saltábamos en rueda, devueltos a la infancia. Lo que nos resultaba increíble es que nosotros fuéramos

mos la ciudad, nosotros el gobierno, nosotros la gente."

Antes de Allende en Chile, ya habían existido los Tupamaros como super-héroes imbatibles en el Uruguay, y luego la "borrachera peronista" llegó a los argentinos. Los personajes del libro de Marta Traba fueron, cada uno a su manera —directamente, como Dolores, o indirectamente, como Irene— partícipes de esa gran fiesta y ahora viven, por así decir, la curda. ¿Tomaron vino malo, o tomaron demasiado del buen vino? Eso, cabrá al lector decidir. Lo que sí ese lector no podrá dejar de sentir, acompañando el drama de esas dos mujeres que se mezcla con el drama de sus tierras, es que ésta fue una fiesta sin remedio, que dejó huellas imborrables para los que participaron en ella o para los que nada más la miraron desde lejos, a través de las ventanas abiertas. Una fiesta imborrable con su amanecer tenebroso hasta para los que no entraron en ella y le dieron la espalda, como el padre de Victoria, o para los que no la llegaron a comprender, como los padres de Irene.

* Siglo XXI Editores, México, 1981. 170 pp.